

expresiones muy estudiadas; y se verá que el trozo que resulta, aunque tenga cierto brillo, no es en realidad tan bueno como el original. Advierto finalmente que no he traducido los epígrafes ó argumentos que suelen ponerse en las ediciones del texto para indicar sumariamente el contenido de cada libro; porque semejantes extractos, además de ser obra de los gramáticos y no del poeta, disminuyen la curiosidad, la sorpresa, y de consiguiente el placer de los lectores, anticipándoles la noticia de lo que va á suceder. Lo mismo han hecho Bitaubé, Dugas y algunos otros.

LIBRO PRIMERO

ARGUMENTO

*Desprecia Agamenon inexorable
á Crises, el anciano venerable;
siente Apolo este ultraje, y á sus ruegos,
peste envía al ejército de griegos.
El Rey le quita á Aquiles su cautiva,
y suscita su cólera excesiva.*

DE Aquiles de Peleo canta, Diosa, la venganza fatal que á los Aquivos origen fué de numerosos duelos, y á la oscura region las fuertes almas lanzó de muchos héroes, y la presa sus cadáveres hizo de los perros y de todas las aves de rapiña, y se cumplió la voluntad de Jove, desde que, habiendo en voces iracundas altercado los dos, se desunieron el Atrida, adalid de las escuadras todas de Grecia, y el valiente Aquiles.

¿Cuál de los Dioses, dime, á la discordia sus almas entregó para que airados injuriosas palabras se dijese? De Latona y de Júpiter el hijo, que, ofendido del Rey, á los Aqueos enviara la peste asoladora, y á su estrago la gente perecia, por no haber el Atrida respetado al sacerdote Crises que venido habia de los Griegos á las naves una hija suya á redimir. De mucho valor era el rescate que traia: y el áureo cetro en la siniestra mano

y en la derecha la ínfula de Apolo, así á todos los Dánaos suplicaba, y señaladamente á los Atridas, caudillos ambos de la hueste aquea: «Atridas, y demás esclarecidos »campeones de Grecia! Las Deidades »que en las moradas del Olimpo habitan »á vosotros de Príamo concedan »la ciudad destruir, y á vuestros lares »felizmente llegar. De una hija mia »que me otorgueis la libertad os ruego, »y el rescate admitid, reverenciando »de Jove al hijo, el Flechador Apolo.»

Al escucharle los demás Aquivos, en fausta aclamacion todos dijeron que al sacrificador se respetara y el precioso rescate se admitiese; pero al Atrida Agamenon el voto general no agradó, y al sacerdote con imperiosa voz y adusto ceño mandó que de las naos se alejase, y al precepto añadió las amenazas.

«Viejo! (le dijo) Nunca en este campo, »ahora si retardas la salida, »ó en adelante si á venir te atreves,

»á verte vuelva yo: pues de mi saña
 »no serán á librarte poderosos,
 »ni la infula del Dios, ni el regio cetro.
 »Yo la esclava no doy, ántes en Árgos,
 »léjos de su país, dentro mi alcázar,
 »la rugosa vejez tejiendo telas
 »la encontrará, y mi lecho aderezando.
 »Vete ya; no mi cólera provoques,
 »si volver salvo á tu ciudad deseas.»

Dijo: temió el anciano, y obediente
 á su voz, se volvió sin replicarle
 del estruendoso mar por la ribera;
 pero alejado ya de los Aqueos,
 mientras andaba, en doloridas voces
 pidió venganza al hijo de Latona.

«Escúchame (decía) pues armado
 »con el arco de plata ha defendido
 »siempre tu brazo á la region de Crísa
 »y á la ciudad de Cila populosa,
 »y de Tenedos númen poderoso
 »eres, ¡oh Esmintio! Si en mejores dias
 »erigi á tu deidad hermoso templo,
 »si alguna vez de cabras y de toros
 »quemé sabrosas piernas en tus aras,
 »otórgame este don: *paguen los Dánaos*
 »*mis lágrimas, heridos por tus flechas.*»
 Así el anciano en su plegaria dijo.

Oyóle Febo; y de las altas cumbres
 del Olimpo bajó, inflamado en ira
 el corazón. Pendían de sus hombros
 arco y cerrada aljaba; y al moverse,
 en horrído ruido retemblando
 sobre la espalda del airado númen,
 resonaban las flechas; pero él iba
 semejante á la noche. Cuando estaba
 cerca ya de las naves, se detuvo,
 lanzó una flecha, y en chasquido horrendo
 crujió el arco de plata. El primer día
 con sus mortales tiros á los mulos
 persiguió, y á los perros del ganado;
 pero despues, enherbolada flecha
 disparando á la hueste, á los Aquivos
 hirió, y de muertos numerosas piras
 ardiendo siempre en la llanura estaban.

Nueve fueron los dias que las flechas
 del Dios por el ejército volaron;
 mas Aquíles, al décimo, las tropas
 á junta convocó: la diosa Juno,
 que mucho de los Griegos se dolía
 viéndolos perecer, este consejo

le inspiró. Cuando todos los Aquivos,
 al pregon acudiendo, se juntaron,
 del alta silla el valeroso Aquíles
 alzóse, y dijo al adalid supremo:

«Atrida! juzgo que de nuevo errantes
 »por ese mar, en vergonzosa fuga
 »á Grecia volveremos si la muerte
 »evitar nos es dado; pues unidas
 »guerra y peste el ejército destruyen.
 »Mas algun adivino consultemos,
 »ó sacrificador, ó acreditado
 »intérprete de sueños; porque envia
 »tambien los sueños el Saturnio Jove.
 »Él nos dirá por qué tan altamente
 »Febo está de nosotros ofendido;
 »y sabremos en fin si nos acusa,
 »ó de que no cumplimos algun voto,
 »ó de que en sus altares olvidamos
 »ofrecer hecatombe numerosa;
 »y si querrá librarnos de la peste,
 »luego que de las cabras escogidas
 »y los corderos el olor y el humo
 »hayan subido á la region del éter.»

Así habló Aquíles, y volvió á sentarse.
 Se alzó luego el mejor de los augures,
 Cálcas, hijo de Téstor, que sabia
 lo pasado y presente, y lo futuro,
 y con esta pericia en los agüeros,
 que Febo le otorgara, por los mares
 á Troya los navíos de la Grecia
 guiado habia. Y cual varon prudente,
 así habló con el hijo de Peleo:

«Ah Jove caro, valeroso Aquíles!
 »pues mandas que yo diga por qué ahora
 »destruye con la peste á los Aquivos
 »el soberano Flechador Apolo,
 »yo lo revelaré, si me prometes
 »ántes, y me lo juras, que resuelto
 »con la voz y la diestra poderosa
 »tú me defenderás. Porque conozco
 »que contra mí se irritará un guerrero
 »que sobre todos los Argivos tiene
 »grande poder, y su persona mucho
 »acatan los Aqueos. Y enemigo
 »poderoso es un Rey, cuando se enoja
 »con algun inferior; pues si aquel dia
 »la cólera devora, guarda siempre
 »en su pecho el rencor hasta que encuentra
 »ocasion de vengarse. Tú medita
 »si me podrás salvar.» Respondió Aquíles:

»Depon ese temor, y nos anuncia
 »la voz divina que escuchado hubieres:
 »yo juro por Apolo, á Jove caro,
 »y á quien tú, oh Cálcas, invocando pio,
 »lo futuro descubres á los Griegos,
 »que en tanto que yo viva y la luz vea
 »del refulgente sol, en tí ninguno
 »de todos los Aquivos será osado
 »las manos á poner; aunque nombraras
 »al mismo Agamenon, que se gloria
 »de ser en el ejército el primero.»

Depuesto ya el temor, en tono grave
 dijo el célebre augur: «No nos acusa
 »Apolo de que habemos olvidado,
 »ó cumplir algun voto, ó en sus aras
 »víctimas ofrecer: está ofendido
 »de que á su sacerdote con desprecio
 »Agamenon trató; que ni á la esclava
 »dió libertad, ni recibió el rescate.
 »Por eso el Flechador en los Aquivos
 »estragos hizo, y áun hará terribles:
 »ni de la peste su pesada mano
 »alzará la deidad, hasta que al padre,
 »ni rescatada, ni vendida, envíe
 »el Rey la jóven, y se lleve á Crísa
 »la hecatombe sagrada. Acaso entónces,
 »su cólera aplacando, nuestros votos
 »conseguiremos que benigno escuche.»

Así dijo el augur: alzóse el fuerte
 y poderoso Agamenon de Atréo,
 el ánimo turbado y encendido
 en ira el corazón; porque al oírle
 ennegrecido en derredor su pecho,
 llenárase de cólera, y sus ojos
 fuego centelleante parecían.
 Y con ceñuda faz mirando á Cálcas,
 en voz terrible é iracunda dijo:

«Adivino de males! Á mí nunca
 »darme has querido favorable nueva:
 »siempre te es grato presagiar desdichas,
 »y jamás todavía una palabra
 »has dicho, ni una accion ejecutado,
 »que en mi daño no fuese. Y áun ahora
 »afirmaste á la faz de los Aquivos,
 »oráculos mintiendo, que si Apolo
 »con peste los aflige asoladora,
 »es porque de Criséida yo no quise
 »admitir el rescate. Desea
 »en mi casa tenerla y á mi lado,
 »y mucho yo á la misma Clitemnestra,

»mi legítima esposa, la prefiero;
 »porque ni en la hermosura, ni en la gracia,
 »ni en el talento, ni en labor de manos
 »á aquella es inferior. Mas no rehuso
 »entregarla á su padre, si parece
 »esto más útil; porque yo antepongo
 »la salud del ejército á su ruina.
 »Pero otra jóven se me dé graciosa
 »para que entre los Príncipes no sea
 »el solo que no tenga alguna esclava
 »premio de su valor. Mengua sería:
 »y todos ya lo veis, la que por voto
 »general me ofrecieron los Aquivos
 »vuelve al paterno hogar.» Respondió Aquíles:

«Glorioso Atrida! cuando así te sea
 »más que á todos los hombres doloroso
 »perder lo que una vez llamaste tuyo
 »¿cómo ya generosos los Aquivos
 »te darán otra esclava? No sabemos
 »que en parte alguna comunal riqueza
 »esté depositada. Los despojos
 »en batallas ganados y en saqueos
 »repartidos están, y no sería
 »decoroso obligar á los soldados
 »á que en comun de nuevo los reunan.
 »Así, tu esclava al Flechador le cede;
 »que despues triplicado los Aquivos,
 »ó cuádruplo, su precio te daremos,
 »si la fuerte ciudad de los Troyanos
 »un día saquear nos diere Jove.»

Y Agamenon le dijo: «No presumas,
 »oh Aquíles, á los Dioses parecido,
 »con estudiadas voces engañarme,
 »por más sabio que seas; pues con dolo
 »no me seducirás, ni con razones
 »me podrás persuadir. ¿Acaso quieres
 »que mientras tú conservas la Troyana
 »premio de tu valor, sin recompensa
 »yo á la mia renuncie? ¿No propones
 »que la dé libertad? Otra cautiva
 »dénme, pues, los Aquivos tan hermosa,
 »y que grata me sea. Y si rehusan
 »dármela, yo, como adalid supremo,
 »la escogeré; y la tuya, ó la de Aiante,
 »ó la de Ulises, llevaré á mi tienda
 »á pesar de su dueño, y enojado
 »éste mucho será. No más ahora
 »de esto se trate; llegará su dia.
 »Hoy lancemos del mar á la llanura
 »embreado navío, en él se junten

»escogidos remeros, la hecatombe
 »se acomode, embarquemos á la hermosa
 »hija de Crises, y el caudillo sea
 »alguno de los Príncipes que tienen
 »en los consejos voto: Idomeneo,
 »Ajax de Telamon, el sabio Ulises,
 »ó tú mismo, pues eres entre todos
 »el héroe más temido. Vé, y ofrece
 »el sacrificio al Flechador, y alcanza
 »que ya propicia su deidad nos sea.»

Con torba faz habiéndole mirado,
 furioso Aquiles respondió al Atrida:

«Hombre tú sin pudor! alma dolosa!
 »¿cómo pronto estará ningún Aquivo
 »obediente á tu voz, ni de las marchas
 »la fatiga á sufrir, ni con los hombres
 »á lidiar animoso en la pelea?
 »No fueron, no, la causa los Troyanos
 »de que yo desde Grecia aquí viniese
 »á guerrear, ni agravio ellos me hicieron;
 »porque jamás los bueyes me robaron,
 »ó los bridones, ni en la fértil Phtía,
 »en guerreros fecunda, las cosechas
 »destruyeron jamás: hay de por medio
 »muchos fragosos montes y sombríos,
 »y el resonante mar. Los Griegos todos,
 »porque tú puedas ufanarte un día,
 »á tí, impudente, á tí, seguido habemos
 »de los Troyanos á tomar venganza
 »por Menelao... por tí, que el beneficio
 »así ingrato olvidaste y desconoces;
 »y á decirme te atreves que abusando
 »de tu poder me quitarás la esclava
 »que cautivé yo mismo, y entre todas
 »para mí separaron los Aqueos.
 »Yo premio al tuyo igual nunca recibo
 »cuando por el ejército es tomada
 »populosa ciudad de los Troyanos;
 »pero mi brazo en las sangrientas lides
 »es el que más trabaja. Y cuando llega
 »luego la partición de los despojos,
 »es tu parte mayor; y yo á las naves,
 »ya fatigado de lidiar, me vuelvo
 »con la escasa porción que me ha tocado.
 »Pero hoy á Phtía tornaré... Más vale
 »atravesar el Ponto, y con mis tropas
 »á Tesalia volver; que ya no quiero,
 »pues me desprecias, en provecho tuyo
 »ganar aquí riquezas y tesoros.»

«Huye en buen hora (respondió el Atrida),

»huye, no te detengas, si impaciente
 »estás ya por huir; yo no te ruego
 »que por vengar mi ofensa un solo día
 »tardes en alejarte de esta playa.
 »Tengo yo otros valientes campeones
 »que mi honor desagracien, y el excelso
 »próvido Jove me protege... Odioso
 »me eres tú, cual ninguno de los Reyes
 »que á Troya me han seguido; porque gustas
 »de riñas siempre, y guerras y combates.
 »Si valiente naciste, beneficio
 »es de alguna deidad. Así, á Tesalia
 »con tus soldados vuelve y con tus naves,
 »y sobre los Mirmídones impera.
 »Yo de tí no me curo, ni me importa
 »que estés airado: la amenaza escucha
 »que hacerte quiero. Pues el mismo Apolo
 »de la gentil Criséida me despoja,
 »con gente mía volverá á su patria
 »y en una de mis naves; pero luego
 »á la hermosa Briséida, tu cautiva,
 »he de traerme yo: é iré á buscarla
 »á tu tienda en persona, porque veas
 »cuánto yo te aventajo en poderío,
 »y también porque tiemble cualquier otro
 »de igualarse conmigo, y no se atreva
 »á comparar con mi poder el suyo.»

Taciturno dolor al escucharle
 se apoderó de Aquiles, é indeciso
 su corazón en el velludo pecho
 entre dos pensamientos fluctuaba:
 si ya, el agudo estoque desnudando
 que llevaba pendiente, se abriría
 paso por entre todos y de Atreo
 traspasaría al hijo; ó si el enojo
 calmado, sus coléricos furores
 reprimiría. En tanto que en su mente
 y en su ánimo estas dudas agitaba,
 y que ya el ancho formidable estoque
 iba sacando, desde el alto Olimpo
 en raudo vuelo descendió Minerva,
 porque próspera Juno la enviaba:
 Juno que á los dos héroes protegía,
 y los amaba con igual cariño.
 Y á la espalda poniéndose de Aquiles,
 asíóle por la rubia cabellera,
 sólo visible al héroe; que ninguno
 de los otros la vió. Turbóse Aquiles,
 volvió la cara, y conoció á la Diosa
 al resplandor de sus terribles ojos;

y así la dijo en rápidas palabras:

«Hija de Jove! ¿A qué del alto cielo
 »bajaste ahora? ¿á presenciar acaso
 »cómo me insulta y amenaza altivo
 »Agamenon de Atreo? Pues te anuncio
 »y ya viéndolo estoy... por su arrogancia
 »la dulce vida perderá, y en breve.»

Minerva respondió: «Yo del Olimpo
 »tu cólera á calmar aquí he bajado,
 »si dócil te mostrares; y me envía
 »próspera Juno, que á los dos protege,
 »y á los dos ama con igual cariño.
 »Suspende ese furor, y no desnude
 »la cuchilla tu mano; de palabra
 »oféndele en buen hora. Yo te anuncio...
 »y á su tiempo verás que mi promesa
 »se cumple. Vendrá día en que ofrecidos
 »brillantes dones te serán y muchos,
 »para desagraciar de esa injuria.
 »Así, tu ardor reprime, y de nosotras
 »cumple la voluntad.» Respondió Aquiles:

«Diosa! pues ambas lo quereis, forzoso
 »obedecer será, por más airado
 »que esté mi corazón. Así conviene,
 »porque los justos Dioses las plegarias
 »oyen benignos del varón piadoso
 »que sus mandatos obedece y cumple.»
 Dijo, y la fuerte diestra sobre el puño
 detuvo argénteo, y la tajante espada
 á su sitio volvió; ni á los mandatos
 fué indócil de Minerva, que al Olimpo
 volviera en tanto á la mansión de Jove
 en medio de los otros inmortales.
 Pero después el héroe, arrebatado
 del furor que su espíritu agitaba,
 dijo al Atrida en iracundas voces:

«Impudente! beodo! que de ciervo
 »tienes el corazón! Nunca tuviste
 »valor para salir con tus soldados
 »á batalla campal ni á las celadas
 »ir con los campeones de la Grecia:
 »tal es el miedo que á la muerte tienes.
 »Mucho más fácil es, y más glorioso,
 »de los Arqueos por el ancho campo
 »su esclava ir á robar al que en las juntas
 »ose contradecirte. Rey impío,
 »que tu pueblo devoras porque mandas
 »á gente sin valor! esta sería
 »la vez postrera que injuriado hubieses,
 »oh hijo de Atreo!.. Pero yo te anuncio,

»y con el juramento más solemne
 »voy á jurarlo. Sí: por este cetro
 »que jamás echará ni hoja ni ramas,
 »ni reverdecerá, desde que el tronco
 »abandonó una vez allá en el monte,
 »porque de la corteza y de las hojas
 »en derredor le despojó el acero,
 »y los Príncipes ya de los Aquivos
 »que justicia administran, y por Jove
 »custódios son de las antiguas leyes,
 »en la mano le llevan, yo lo juro,
 »y terrible será mi juramento.
 »Llegará día en que los hijos todos
 »de los Aqueos en dolientes voces
 »por Aquiles suspiren, sin que pueda
 »ya su espada salvarlos, aunque mucho
 »su triste suerte llores, cuando muertos
 »á manos de Héctor homicida caigan
 »uno en pos de otro. Pesaroso entonces
 »tú de no haber honrado al más valiente
 »de los Aquivos todos, en el pecho
 »el alma sentirá despedazarse.»

Así habló Aquiles y arrojó por tierra
 el régio cetro, que de clavos de oro
 estaba guarnecido, y el escaño
 volvió á ocupar. Agamenon el suyo
 dejaba ya para tomar venganza
 del hijo de Peleo; pero alzóse
 el suavilócuo Néstor, de los Pilios
 elocuente orador, de cuyos labios
 las palabras corrían muy más dulces
 que la miel. Este anciano, que en su tiempo
 viera morir en la opulenta Pílos
 las dos generaciones de los hombres
 de articulada voz que de su infancia
 fueran y juventud los compañeros,
 y su cetro regía la tercera,
 así les dijo cual varón prudente:

«Este día ¡oh dolor! día de llanto
 »deberá ser para la Grecia toda.
 »Y mucho ahora Príamo, y los hijos
 »de Príamo también se alegrarían,
 »y los demás Troyanos en su pecho
 »grande placer sintieran, si entendiesen
 »que enemistados por querellas vanas
 »os injuriáis así, cuando vosotros
 »los primeros de todos los Aquivos
 »en el consejo sois y en la pelea.
 »Pero escuchad mi voz, ya que sois ambos
 »más jóvenes que yo; pues otro tiempo